

Julio Sebastián Figueroa Cofré*

Jefe de jefes. Corridos y narcocultura en México

José Manuel Valenzuela Arce**



En el texto de Valenzuela Arce que reseñamos aquí el lector puede encontrar un mérito inicial que anima su inmediata lectura: el hecho de fundamentar teórica y analíticamente desde los estudios culturales uno de los objetos culturales producidos por el narcomundo, el narcocorrido. Construye así una perspectiva alternativa para comprender el tráfico de drogas y la cultura asociada a éste en el México actual, agregando diversas categorías no relevadas por la investigación jurídica o de defensa que ha caracterizado el estudio del narcomundo. Este mérito tiene una doble dimensión.

* Ma. en Comunicación. Villa Los Álamos, # 118, Valdivia. E-mail: sebastofil@yahoo.es

** Premio de Musicología Casa de las Américas 2001. Edición de 2003. Cuba: Casa de las Américas.

La primera, a nivel teórico, se relaciona con que este libro es un ejemplo fino y preciso de que los estudios culturales aplicados a campos concretos de la cultura -generalmente campos de la cultura ignorados o envueltos en lógicas de represión y tabú científicos-, revelan todo lo particular y complejo que éstos pueden ser. En efecto, el libro representa lo mejor de este esfuerzo disciplinario, el que consiste justamente en llevar la disciplina de la interpretación del mundo social a una apertura cultural que permita situar al investigador en el contexto de estudio elegido, llevándolo a examinar los objetos producidos allí sin prejuicios estructurales o políticos. El autor de este estudio lleva su trabajo hasta el proceso mismo de producción narcocultural, observando la pluralidad temática y constructiva del narcocorrido, sus marcos de recepción y sus efectos sociales, confrontándose directamente con la dimensión más problemática de este tipo de objetos: su contorno de ilegitimidad, su oscura propensión a la in nobleza, su atractivo carácter de objeto social e intelectualmente polémico. Esto en el sentido de que el narcocorrido (y hasta el propio corrido), fuera del interés folclórico, representa un medio masivo de entretención, pero también un arte popular, un producto del bajo pueblo, indicador de la ilegitimidad y vulnerabilidad de este mundo. Al abstraerlo de su función patrimonial, el narcocorrido demuestra ser un indicador más bien de la profundidad de un problema social relacionado con la pobreza y el narcotráfico, pero también con la corruptibilidad del sistema político, las terribles relaciones de dominación establecidas al interior de la sociedad mexicana y el siempre patente efecto negativo de la colonialidad (a lo largo y ancho de su significación histórica).

El efecto epistemológico que esto tiene está contenido en aquello que Mattelart definió como la reacción negativa de los estudios culturales, y que el autor de nuestro texto parece relevar en todo momento: “Los estudios culturales nacen del rechazo del legitimismo, de las jerarquías académicas de los objetos nobles e innobles. Se fijan en la aparente trivialidad de la publicidad de las emisiones de entretenimiento, de las modas indumentarias. El estudio del propio mundo popular se detiene mucho menos en las heroicas figuras de los dirigentes que en la cotidiana sociabilidad de los grupos o en el detalle de los decorados, prácticas y costumbres. Esta predisposición implica favorecer métodos de investigación susceptibles de conocer de cerca estas

vidas ordinarias: etnografía, historia oral, investigación de los escritos que enseñan lo popular (archivos judiciales, industriales, parroquiales) y no sólo la gesta de los poderosos (...) Las actividades culturales de las clases populares se analizan para preguntarse por las ‘funciones que asumen en relación con la dominación social’ (2004: 60). Precisamente es éste el camino que el autor elige y que se ejemplifica en las distintas partes del libro, desde el análisis de letras de narcocorridos hasta las modas asociadas a él y, por cierto, la etnografía de su despliegue social.

La otra dimensión que tiene esta manera de estudiar y ver la narcocultura también tiene incidencia a nivel epistemológico, pero en relación esta vez al mundo de la política de gobierno, las políticas institucionales públicas y la administración de los recursos para combatir el narcotráfico. En general, los estudios que fundamentan las políticas antinarcotráfico en México (así como en Colombia) son estudios reproductivos del propio narcotráfico, parásitos de su propia productividad teórica, y acaso meros generadores de soluciones policíacas. La tendencia del estudio del narcotráfico hacia las perspectivas de defensa y seguridad son la causa por las cuales el Estado ha actuado de modo policíaco, llevando la guerra al campo del diálogo y recrudeciendo los efectos perjudiciales del narcotráfico, a saber, la violencia organizada y la corruptibilidad del sistema político y militar. Con ello, se nos olvida el problema de fondo del narcotráfico, cual es la verdad terrible de su origen: las abismales desigualdades sociales y el cruel efecto de la dominación histórica sobre las clases populares latinoamericanas. Lo que hace el estado-policía es reducir el problema al ámbito criminal y penal; en último caso se ha llegado incluso a asociar el tráfico de drogas a grupos insurgentes, cosa no siempre cierta, y en ese sentido el tema se ha tornado una pura cuestión militar.

Un estudio desde la economía política del narcotráfico en Colombia ha arrojado como resultado principal el hecho de que un Estado policíaco sólo permite el recrudecimiento del narcotráfico y que la perspectiva jurídica a nivel de las políticas públicas sólo tiene por opción llevar a la penalidad y la prohibición el tema de las drogas (Arrieta et al. 1991). Aunque hoy por hoy se han llevado adelante reformas en ese sentido, está claro que el efecto de la narcoguerrilla es sólo impulsor de sí misma, como toda guerra,

y que más bien vale repensarlo todo, desde la prevención hasta la prohibición. En efecto, el estudio que reseñamos invita a reflexionar sobre tal posibilidad, analizando la música que viene asociada a las drogas, el narcotráfico y la cultura que se genera en torno suyo.

Con lo que hemos dicho, está claro que el texto explora ricos espacios de lectura e interpretación del problema del narcotráfico, desplazando éste mismo hacia una producción cultural legítima (pero acusada de lo contrario), el narcocorrido. La premisa, en ese sentido, es la siguiente: “Los corridos ofrecen una rica información sobre el narcomundo y las múltiples articulaciones que desde él se construyen con otros ámbitos de la sociedad. Los narcocorridos participan en la elaboración de crónicas sociales, ofreciendo diversas perspectivas, muchas veces críticas a las versiones oficiales. También denuncian las complicidades institucionales y la participación de diversas figuras, de los ámbitos legitimados, que ayudan, protegen o sirven a los grandes narcotraficantes. De manera conjunta con el incremento de personas adictas a la droga y la unilaterización de mecanismos oficiales para controlarlas –centrados en medidas policíacas-, han crecido de manera impresionante las mafias del narcotráfico y su campo de operaciones rebasa el comercio de drogas, incorporando de manera conspicua –de acuerdo con los reiterados registros de prensa- a muchas figuras de la política, empresarios, policías y militares” (95). En esta premisa se concentra lo que habíamos anunciado: o sea, los dos niveles de lectura más urgentes, que son la complejidad social del narcocorrido como expresión de una comunidad cultural y la denuncia de lo negativo de las acciones institucionales basadas en la fascistización de la política antinarcotráfico.

Para llevar a cabo estos niveles de lectura, el autor procede instalándose en la propia cultura popular que produce el narcocorrido. La cultura popular, sabemos, no es sólo el mundo del pueblo, es también el mundo de quienes no tienen poder, de quienes no están ni en la ciudad letrada ni en la ciudad adinerada, son quienes articulan formas no convencionales de ver y usar el poder, desde la precariedad de sus herramientas y la libertad de sus tácticas de hacer. Para Mario Margulis “la cultura popular es cultura de los de abajo, fabricada por ellos mismos...Sus

productores y consumidores son los mismos individuos: crean y ejercen su cultura. No es la cultura para ser vendida sino para ser usada. Responde a las necesidades de los grupos populares” (2002: 44). Y las necesidades de la cultura popular de la frontera mexicana, casa del narcocorrido, es, como siempre corresponde a quienes están bajo la dominación, mejorar sus niveles de vida, autodeterminarse económica, política y socialmente. Valenzuela Arce lo señala: “El poder de fascinación que ejercer la narcocultura en nuestras sociedades no deriva de los cantos populares, sino de las expectativas de vida que genera” (10). Ahora –y por ello es importante la categoría de cultura popular- el tiempo de esta fascinación no es otro que el mundo contemporáneo, un mundo que es consecuencia de años de instalación forzosa del capitalismo neoliberal en sociedades como la mexicana, y que tiene el dinero y el consumo como partes indispensables del liderazgo social. En el narcocorrido, “destaca la ponderación desproporcionada del consumo, del poder y de la impunidad. Rotas las fronteras morales entre buenos y malos, los papeles de policías y ladrones se desdibujan. El estilo de vida asociado al poder del narcotráfico se despoja de los elementos morales que funcionaron cuando las dimensiones del consumo se vinculaban con los medios que lo posibilitaban” (10). Más adelante, indica: “el narcomundo deviene esperanza frente a la penuria cotidiana; su éxito no se deriva de la acción misma, ni del valor de sus actores, sino del poder que se le asocia, de las expectativas que crea el acceso ilimitado al dinero” (46).

Es la cultura popular operando sus tácticas de hacer, de construir, música en este caso, para expresar el sueño del dinero en el mundo neoliberal, acaso el código de entrada para discutir el mundo de hoy en países de fuerte tendencia capitalista; pero también para expresar la alteridad de su diferencia cultural, en este caso, el dinero sin límites de la droga.

El narcocorrido ha devenido esa aspiración, y por ello su vigencia en una sociedad que oficialmente ha declarado la guerra al narcomundo (llegando a prohibir el propio corrido). Es más que un producto folclórico; la mixtura de su tipo es símbolo de su apertura cultural, a saber, por ejemplo, la mezcla entre raíz folclórica e influencia rockera, e indica cuán relacionado está con el mundo de hoy. El narcotráfico, y acaso el propio narcotráfico, no

es su causa, es sólo la dimensión del espacio social y económico que alberga toda el juego de injusticias estructurales en la historia de México (así como de América Latina).

De este modo, no ha habido problema en la transculturación musical de los narcorridos: “tanto los corridos populares –oficiales y comerciales- como los populares son incorporados por las clases populares. A la última vertiente se suman nuevos temas, los cuales hacen más referencia a la existencia de los sectores subalternos, la urbanización de la población, las imposiciones del mercado, las condiciones del trabajo, el impacto ideológico de los medios y la experiencia política grupal o regional, que a una connotación norteña o sureña. La urbanización del corrido refleja el choque de la proletarización en el extranjero, la migración, la violencia, el narcotráfico, las penurias” (42).

No obstante esta urbanización, el narcorrido siempre pasa por la frontera: es aquella su geopolítica, y por ella la historia del corrido es también la historia del nacionalismo y la migración, el racismo y la protesta que se genera por quienes las combaten o las ignoran. Es ella, la frontera, el escenario primero de la transculturación del narcorrido, que se asimila al fenómeno grupero y a la tematización de la relación fronteriza entre Estados Unidos y México. El autor tiene clara esta peculiaridad de su objeto de estudio: “presentamos una semblanza general del corrido en la frontera México-Estados Unidos. La historia del contrabando en este espacio es tan antigua como la frontera misma” (12). En efecto, se puede rastrear en el corrido norteño el problema no sólo del choque fronterizo que siempre ha sido la frontera entre Estados Unidos y México, sino el conflicto del tráfico, la migración y el racismo en general. De allí el corrido extrae uno de sus primeros tópicos: “los conflictos fronterizos ocurridos a mediados de ese siglo (XIX) pudieron haber sido el caldo de cultivo del corrido y Juan Nepomuceno Cortina su primer héroe consagrado. La producción del corrido emana de experiencias diferenciadas del pueblo mexicano asentado en los dos méxicos, el interno, que alude a los habitantes del país, y el de afuera, formado por las personas de origen mexicano residentes en los Estados Unidos” (28). La migración y el bandidaje inauguran la postura crítica del narcocorrido hacia Estados Unidos, país que significa la alteridad cultural para el norteño mexicano, donde

brilla la progresión social y el dinero (y el colonialismo):

A los gringos y avarientos
Yo les quito su dinero
A los humildes y pobres
Yo me quito el sombrero
¡ay qué leyes tan injustas!
Voy a darme a bandolero
Joaquín Murrieta (corrido popular) (32)

Es importante esta relación fronteriza. El narcocorrido asume con entereza lo que la frontera significa, y entrega categorías importantísimas, quizá acaso aquellas que las políticas públicas (prohibitivas hasta este punto) no revelan. Recordemos que para Bhaba, la cultura sólo emerge como un problema, como una problemática en el punto donde se produce una pérdida de significado en la vida diaria, producto de la lucha entre las razas y las naciones” (además de las clases y los géneros; Bhaba 2002: 34).

Respecto de la cultura mexicana y norteamericana, dice Valenzuela Arce: “El corrido registra aspectos centrales del proceso migratorio: la crisis del veintinueve, el prohibicionismo, las deportaciones masivas de los años treinta y cincuenta, la actitud “moralizadora” en el norte y su desmonoramiento en el sur de la frontera” (38). En esos términos, habría que desambiguar varias reducciones de la frontera como tópico de los corridos (pero igualmente del cine y el periodismo): “a través de la caricaturización de estos rasgos y la alimentación de estereotipos se obtiene una imagen sesgada de la frontera como escenario de la internacionalización del placer y la necesidad de la transacción clandestina” (38). En otro sentido, el conflicto fronterizo hace proliferar discursos de identidad plagados de racismo, como el regionalismo norteamericano, reeditor de un determinismo ecológico que brinda espacio al machismo y la violencia, y la discriminación real de los mexicanos en Estados Unidos, donde son parte de toda la economía política que compone un fenómeno de violencia simbólica objetivada en un cuerpo y en identidad nacionales.

Valenzuela también avanza en otro sentido: “La frontera es escenario de confluencias, oleaje y resaca de costumbres, sueños, necesidades que reafirman estilos de vida. El reconocimiento de nosotros mismos y la ruta común con el chicano. En este terreno se

comparte el archivo histórico, el mito, la leyenda, como elementos de identificación cultural. Pero debemos también hablar de un corte vertical, punto donde la desigualdad se presenta en primer plano. La diferencia en el desarrollo económico marca esa relación desigual de poder entre México y los Estados Unidos. El inmigrante es el asalariado, el peón agrícola, el trabajador de servicios o el obrero. La desigualdad teje sus propias percepciones y genera identificaciones. Si en el plano horizontal el acento se ubica en la diferencia cultural, en el vertical la línea divisoria se presenta en la posición social y los intereses de clase” (49).

Junto con la dominación propiamente tal, que genera pobreza y dependencia, la frontera genera también la correspondiente transculturación estética que habíamos ya mencionado: el narcocorrido, en referencia a la frontera, origina la mixtura de estilos culturales que rayan en lo kitsch: mexicanos en enormes camionetas cruzando los pueblos del norte, con muchas joyas y enarbolando sus triunfos: armas, dinero, droga, mujeres¹. Esto significa la asunción, por parte de los mexicanos, del dinero como factor único de éxito social, fenómeno propio de la cultura norteamericana y del capitalismo tardío. Pero también es la demostración estética de la fuerte participación de Estados Unidos en el problema del narcotráfico.

Tanto en el caso mexicano como colombiano, la postura de Estados Unidos ha sido encaminar la discusión hacia el plano de la seguridad nacional e internacional, dando toda la responsabilidad del narcotráfico a los países productores. Esto ha llevado a que estos países asuman casi sin tapujos modelos militaristas de acción y derrochadoras estrategias de gasto en combatir el tráfico de drogas. En este momento surge el tema de la prohibición, a saber, la estrategia más enfática de los gobiernos antitráfico, y que genera la gran paradoja de todo contrabando: “Desde que hay prohibiciones, nos dejó sin licores/ lo venden con más cinismo, los viejos revendedores” (Corrido de los bootleggers, 43).

Hay que incorporar a la discusión la perspectiva estadounidense: “Los EEUU son referencia omnipresente de los corridos. La conformación del narcotráfico en la América Latina se apoya de manera importante en la gran cantidad de consumidores estadounidenses. Los narcocorridos reflejan esta situación de manera amplia y mediante imágenes que sugieren que el narcotráfico resulta

impensable sin la participación estadounidense” (136): “A la unión americana / La droga entra fácilmente / Es el país de confianza / Allá seguro se vende (Tucanes de Tijuana, La banda de la suburban). Este argumento, que el texto de Valenzuela sabe llevar a cabo, me parece otra de sus virtudes. La conflictiva situación que esto representa, no sólo para el narcocorrido como para quien analiza el narcocorrido y el narcotráfico, nutre al documento de la suficiente postura crítica para esta-blecer toda la complejidad del problema en cuestión. Así, sirve a los fines de un estudio en torno a las políticas públicas antitráfico, a saber, sigue confirmando que Estados Unidos no debe seguir desplazando el problema hacia los países productores, y asumir el problema desde dentro también.

Hay otro factor encadenado a lo dicho hasta aquí: la corruptibilidad del sistema. Está claro que la cantidad de dinero que dispone el sistema policíaco de los gobiernos para combatir el narcotráfico genera corrupción inmediata, pero más aún el dinero del propio narcotráfico: por omisión y por participación, quienes detentan el poder han filtrado el sistema con intereses financieros en el tráfico de drogas, y hasta este punto el narcotráfico se ha desgastado en denunciarlo: “El corrido da cuenta de la complicidad entre narcotraficantes y figuras del orden. Por él transcurren las transas, asociaciones y corruptelas, donde los papeles de héroes y villanos resultan indiferenciables o intercambiables”. El siguiente corrido es ejemplo de ello: “Le hicieron una piñata / A un jefe del alto poder / Pa’ festejar su cumpleaños / De todo tenía que haber / Todos los gastos corrieron / Por un gran amigo de él” (La piñata, Los Tucanes de Tijuana).

Ésta es, entonces, la dimensión general del problema entre narcotráfico y corrido, a nivel estético y político; claros son los aportes epistemológicos y etnográficos en ese sentido por parte del libro reseñado. La historia de vida de Doroteo, un narcotraficante, y su relación con los corridos, refuerza el argumento central hacia el final del libro. Sólo un problema queda por mencionar, que considero muy importante y que sólo alumbraré para futuras discusiones: el problema de género al interior del narcocorrido (y de la sociedad mexicana y latinoamericana). La mujer sacrificada, la mujer traicionera, la mujer sexualizada, siguen siendo los símbolos que prevalecen en la cosmovisión del narcocorrido, y la violencia hacia la mujer,

el uso y abuso de ella, así como la conversión de ésta al tráfico, las prácticas más recurrentes. La subalternidad de la mujer en la sociedad occidental recrudece en este tipo de contextos, y los resultados son trágicos y criminales. El machismo femicida del narcomundo debe acabarse de modo urgente, y el narcocorrido, con inconsciente actitud o no, no lo sabemos a ciencia cierta, constituye un referente contingente de una voz popular que se expresa, como en todo corrido, a gritos, para informar de esta situación y denunciarla. Para escuchar estos y otros gritos de júbilo, rabia y resistencia, Valenzuela Arce, en este importante libro, nos invita a estar atentos. Y el libro termina siendo así, junto con un libro sobre música y arte popular, la alerta sobre una cultura legítima que se ha erigido sobre la propia ilegalidad de su economía política, para denunciar así las paradojas de nuestro mundo y la necesidad de reflexionar sobre él de modo urgente.

el uso y abuso de ella, así como la conversión de ésta al tráfico, las prácticas más recurrentes. La subalternidad de la mujer en la sociedad occidental recrudece en este tipo de contextos, y los resultados son trágicos y criminales. El machismo femicida del narcomundo debe acabarse de modo urgente, y el narcocorrido, con inconsciente actitud o no, no lo sabemos a ciencia cierta, constituye un referente contingente de una voz popular que se expresa, como en todo corrido, a gritos, para informar de esta situación y denunciarla. Para escuchar estos y otros gritos de júbilo, rabia y resistencia, Valenzuela Arce, en este importante libro, nos invita a estar atentos. Y el libro termina siendo así, junto con un libro sobre música y arte popular, la alerta sobre una cultura legítima que se ha erigido sobre la propia ilegalidad de su economía política, para denunciar así las paradojas de nuestro mundo y la necesidad de reflexionar sobre él de modo urgente.

Bibliografía

- Bhabha, Homi K. 2002. *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Manantial.
- Mattelart A., E. Neveu. 2004. *Introducción a los estudios culturales*. Paidós: Barcelona.
- Jonson, David E. y S. Michaelsen. 2003. *Teoría de la frontera. Los límites de la política cultural*. Barcelona: Gedisa.
- Arrieta, Carlos et al. 1993. *Narcotráfico en Colombia. Dimensiones políticas, económicas, jurídicas e internacionales*. Colombia: Universidad de los Andes.
- Valenzuela Arce, José Manuel. 2003. *Jefe de Jefes. Corridos y narcocultura en México*. Cuba: Casa de las Américas.